



# TEATRO CRÍTICO PARTICULAR

Minino  
Mama "Mimina" y sus hijas.  
Primera historia neoyorquina  
Los dos días de la vida  
Teatro crítico particular  
La lucides del juego

## Mínimo

A los seis años sorprendió a su madre con un recuerdo sobre la casa en que vivían.  
- ¡Imposible que te acuerdes de eso! – le dijo su madre asombrada – estabas de brazos y todavía no cumplías un año de vida. Eso te lo inventas....

Minino recordaba nítidamente que todavía no estaba hecho el cielorraso y entreverado en el armazón del techo se encontraba un coche de bebé bastante grande. Al niño le molesto que no le creyeran. Describió la forma del coche y sus grandes ruedas, pero su madre como siempre, lo ignoró. Pese a todo, en su interior quedó la certeza de que tenía razón no solamente en esa recordación, sino también en muchos más recuerdos que, en adelante y por prudencia, decidió no revelar para que no le hicieran pasar vergüenza.

Por ejemplo, que a veces lo dejaban solo con Fanny la empleada del servicio que era epiléptica y que cuando sufría episodios brutales, era el niño quien le sacaba la lengua para que no se la tragara; le extendía los brazos y le estiraba el dedo central de la mano derecha hasta que volvía en sí, tal como lo había visto hacer a su padre en alguna ocasión.

- Por favor, no le digas a nadie, ni a tus papas porque me echan a la calle – le decía cuando estaba recuperada – me olvide tomar el remedio –

Inmediatamente después, sacaba de su bolso una tira de estampitas de la virgen del perpetuo socorro y se tomaba una con agua.

- Me las vende el cura de la parroquia y dice que son milagrosa, cuando no me las tomo me da el ataque...-

- ¿Y cuánto te cobra por estas estampas? – le preguntó la voz del niño

- ¡Uy! La mitad de lo que me pagan tus padres...-

- ¿Cuánto? ¿Más que una entrada a cine? – dijo con voz ingenua

- ¡Ay! Minino, no lo entiendes. Es lo único que me cura... - y le revolvió el cabello con su mano callosa. – No digas nada a nadie, por favor –

Alguna vez Minino registro su bolso y saco la tira de las pequeñas estampas examinándolas con curiosidad. Desde su mente de niño no lograba entender como

un pedacito de papel pudiera curar una enfermedad que causaba heridas de sangre cuando se golpeaba la cabeza contra los muebles al caer. Pero el cura debía tener razón y por eso le cobraba la mitad de los que ganaba Fanny, aunque no supiera cuanto ganaba.

La primera casa paterna se construyó poco a poco, en función de los ingresos financieros que año tras años lograba ahorrar la pareja, ella como Maestra de Escuela rural y él como funcionario nombrado por los políticos de turno. Por ese motivo, la crianza del niño quedó a cargo de Ana, una indígena que contrataron y quien sería su nodriza hasta los cinco años. La primera vez que lo tomo en brazos, la indígena lo llamo “Minino” como si fuera un gatito y fue Minino para toda la familia.

Ana usaba una faltriquera de colores vivos, llena de pequeños bolsillos donde guardaba muchos secretos. Cada vez que regresaba de su pueblo, llegaba llena de provisiones mágicas. Pronto el niño descubrió que de cada bolsillo salían cosas que eran útiles en su vida. Unas yerbas le calmaban el dolor de estómago. Unos frutos secos se mesclaban en el biberón. Otras espantaban los miedos. En general, herbajes multifuncionales que la sabiduría indígena utilizaba un día sí y otro no, según las necesidades.

También semillas y ungüentos que lo resguardaban del “mal de ojo”. A los cuatro años Ana lo convenció de que sería muy, pero muy fuerte, porque desde bebé, le untaba el oblijo con polvo de huesos de oso. Con el transcurrir del tiempo se creó una íntima complicidad y el niño aprendió a guardar secretos para que el resto de la familia no se enterara de los tejemanejes de la india.

Uno de los grandes secretos quedó incrustado en su cerebro hasta la edad adulta. Descubrió que Ana tenía el poder de hacer llover. Su prodigiosa memoria recordaba las tardes calurosas cuando ella lavaba la ropa en el patio de la casa y entonces, sucedía el milagro. Una fina capa de lluvia se extendía hasta el pasillo en donde, en pañales y en el suelo, Minino hacía que dormitaba, pero veía, oía, y sentía las gotitas de agua que le caían en la cara. Eso nunca lo olvidó.

Mucho tiempo después habló de ese secreto en una charla de adultos entre amigos, justificándolo por el vapor, las briznas de agua que salpicaban el medio ambiente, mientras él se encontraba en posición supina, completamente vendado (“chumbado”), mirando cielo y nubes de donde provenían las gotas.

Lo que no confesó es que, a pesar de sus estudios superiores y conocimientos sobre construcción de mitos y realidades, tardó muchos años para quitarse de la cabeza los poderes mágicos de la indígena. Sobre todo, porque, cuando a los cinco años, se despidieron definitivamente, Ana le confesó a Minino un secreto que debía guardar toda su existencia: nadie le podía hacer daño puesto que lo había “rezado” y estaba “protegido”. Gracias a eso Minino pudo sobreponerse a las múltiples aventuras en su existencia donde ingenuamente expuso su vida. Ninguna pandemia podrá con él. Los “rezos” ancestrales son muy poderosos.

A los cuatro años el niño se aprendió de memoria una canción popular que sonaba en la radio y eso le hizo gracias al resto de la familia. Se la hacían repetir cada rato como diversión. Una vez llegó el tío Mario a casa y quisieron que la cantara para agradecer la visita. El niño sintió mucha vergüenza entonarla delante de extraños y no quiso hacerlo pese a los muchos ruegos de sus hermanos.

Entonces, el tío Mario muy mañoso, le ofreció una moneda de veinte céntimos si lo hacía. En su mente infantil se reflejaron los helados y las golosinas que podía comprar con ese dinero y

entonces, se armó de valor y decidió cantarla. Entre el alborozo de sus hermanos y los aplausos de rigor, su tío Mario olvidó darle la moneda y él no tuvo la fuerza necesaria para reclamársela. Aprendió pronto que los adultos no siempre dicen la verdad, engañan para obtener resultados y, además, se burlan de la ingenuidad infantil. En adelante empezó a buscar sus veinte céntimos en todas las relaciones humanas que mantuvo hasta la vejez.

De niño, la vida en el campo le fascinaba porque tenía una libertad sin límites en los alrededores de la casa-seminario, siempre llena de gente, tías y primos, amigos y amigas de los hermanos mayores. En esa algarabía, nadie se ocupaba de sus quehaceres y podía dar rienda suelta a su imaginación infantil en el amplio espacio de la gran finca de “El Retiro”.

En sus tierras se mezclaban montaña con sembrados en tierra plana y un grandioso río que la atravesaba por el medio, después de dejar unas cascadas y grutas acuáticas a las que llamaban “Pailones”. Eran piscinas naturales que el golpeteo milenario del agua había perforado, dejando grandes espacios hídricos mientras descendía por la montaña. Aprendió a disfrutar de su soledad en aquellos parajes y muchas veces pudo perder la vida al interior de las cavernas de los Pailones, en donde su fantasía de niño le hacía olvidar que estaba bajo el agua y con el último suspiro de vida, llegaba a salir a la superficie que veía desde abajo con bastante desesperación. Luego tenía que quedarse quieto un buen momento para recuperar el aliento. Pero ese juego le hechizaba.

En esas tierras aprendió a controlar sus miedos. Siempre existen leyendas, cuentos que los lugareños relatan para asustar a los ciudadanos. Además, eran las que normalmente se narraban para entretener a la muchachada en las noches sin televisión. En esas narraciones conoció a una mujer putrefacta y musgosa, con colmillos grandes que se vestía de chamizos, bejucos y hojas frescas. Las crecidas del río se debían a que la Madremonte se bañaba en su nacimiento. A veces se esconde en medio de las plantaciones y emite gemidos lastimeros. A los que se aventuran por la noche en el bosque y en el monte, los embruja y los confunden durante días. También conocí a una mujer de ojos locos y desorbitados, colmillos felinos, brazos largos y muslos unidos en una sola pata que termina en una pezuña de bovino. Esta Patasola se chupa a los niños que vagan solos por el campo y le encanta asustarlos a la caída del sol.

Su mente asimilaba las historias, pero al mismo tiempo, las negaba, las rechazaba. Una vez, siendo muy niño, a media noche, se le apareció la “Mano Peluda” entre la pared y la cama en que dormía. En lugar de gritar o sobresaltarme, se bajó de la cama muy despacio y terminó durmiendo al pie del lecho de su hermana mayor. No se lo comentó a nadie.

Las plantaciones de maíz tienen una particular sonoridad. Las ásperas hojas alargadas chirrían cuando se frotan con las otras, mecidas por el viento. En el día casi no se nota, pero en el silencio de la noche ese “grito” se vuelve estremecedor. Su infantil y atrevido comportamiento lo llevaba a caminar lentamente, poco a poco, acercándose a la plantación hasta introducirse dentro de ella todas las noches. No soportaba tener desasosiego por el ruido producido ni a los espantos que decían que habitaban en su interior.

A los seis años montaba a caballo con cierta destreza y era capaz de embridar la yegua y ensillarla sin ayuda externa. Esa temprana habilidad fue aprovechada por sus padres para enviarlo a comprar al pueblo, a cuatro kilómetros de distancia, las provisiones faltantes. Siempre se daban cuenta de lo que faltaba hacia las cinco de la tarde. El hecho es que la vuelta del pueblo siempre le tocaba el ocaso de las seis de la tarde.

En la carretera, justo a la entrada de la finca, existía una cruz de madera, recordando un accidente mortal. Y como sucede muchas veces, ese símbolo representa un nuevo espacio de culto donde los transeúntes se sienten inclinados a depositar una piedra tras otra al pie de la cruz. Y, además, tras el culto de las piedras, vienen las supersticiones y los espíritus fantasmales que rondan al anochecer, sobre todo para aquellos que no depositan su piedra.

Ni la yegua, ni el niño, podían soportar tamaño susto y entonces, rodeaban el camino por la montaña y entraban a la finca por otro lado más peligroso e intrincado. Hasta que un día se hartaron de tanto pánico y en un alarde de valentía, arrancó la cruz y la colgó en su cuarto frente a su cama. Todas las noches se convencía del que miedo era suyo y solo suyo. Si algún espectro quería rondarle, tendría que sentarse a dialogar con él. Así, desde muy temprana edad, acabó con los terrores imaginarios. Y decidió entonces crear nuevos espíritus y seres fantásticos para amedrantar a sus hermanos.

§§§§§

Durante su niñez, no conoció el “Semáforo”. Creo que este artilugio lo introdujeron en Cali a finales de los años 50. Todavía recuerda que repartían hojas a todos los taxistas y conductores con las instrucciones de para qué servía cada color. El hecho es que todo el mundo tuvo que aprender que el rojo significaba parar y el verde avanzar. El amarillo (o ámbar como le llaman ahora) creo que ni siquiera hoy día se entiende para qué es.

Actualmente a los niños, desde su más tierna infancia, les enseñan a reconocer los colores entre ellos el rojo. Un poco más adelante, aprenden que el rojo significa parar en los semáforos y en las luces traseras de los vehículos. En la adolescencia (o tal vez más tarde) relacionan el color con los burdeles. Pero se necesita una cierta cultura para relacionar el rojo con la política.

Al ser un color muy intenso, el rojo siempre se asocia con el amor, el deseo y la pasión. Su utilización por parte de los partidos de izquierda proviene de la revolución francesa. Los radicales republicanos lo utilizaron para recordar la sangre derramada por los mártires que murieron para acabar con la monarquía.

En 1843, por primera vez, Giuseppe Garibaldi organizó en Uruguay, la “Legión italiana” que vestían camisas rojas, luchando por la independencia uruguaya frente a Argentina y Brasil. Luego las volvió a formar en el sur de Italia luchando por la unificación del territorio italiano. Desde entonces el rojo significa luchar por la libertad.

Pero para el niño, el rojo del semáforo traía recuerdos inolvidables. Todos los niños del barrio practicaban una tarea muy ardua: sustraer cañas de azúcar de los camiones cañeros que pasaban todos los días, a las diez de la mañana y a las tres de la tarde, por la calle 15. Se jugaban la vida corriendo detrás del camión, agarrado a una de esas cañas mientras halaban con todas sus fuerzas.

Al obligar a los camiones a frenar frente al nuevo semáforo, el hurto se hacía mucho más fácil. Algunos adolescentes mayores lograron manipular la caja de cambios y lograr que coincidiera el rojo con la llegada de los camiones. Pero todo ese esfuerzo se compensaba cuando, en plena calle y con el machete que todas las casas tenían, se descascaraba la caña y la convertían en gajos para ser mordidos y chupados convirtiéndolo en bagazo, mientras la melaza corría por la comisura de los labios. ¡Un lujo al alcance de muy pocos!

## Mama "Mimina" y Sus Hijas

Desde que aprendí a leer, no hago otra cosa. Leo todo lo que cae en mis manos, al derecho y al revés, a lo largo y a través, lo que está próximo y lo medianamente lejano como cuando me escapaba del colegio para irme a la Biblioteca Municipal. Vivo rodeado de libros, no sé vivir sin ellos y en diferentes lugares del mundo en los que he vivido, he abandonado centenas de ellos por la imposibilidad de arrastrarlos conmigo.

En el "Jardín Infantil de las Señoritas Urresta" existía una enciclopedia de doce volúmenes llamada "El Tesoro de la Juventud". Comencé a leerla cuando estaba en tercero de primaria y terminé el último volumen cuando entré a quinto. Viví de su lectura durante toda mi accidentada escolaridad. Hoy día, jubilado, recuerdo leyendas, historia, geografía, explicaciones y cantidad de datos inservibles que me hacen aparecer como un hombre culto y cultivado para asombro de estas nuevas generaciones que no son capaces de leer ni un simple periódico.

Las Señoritas Urresta eran seis hermanas (incluida mi madre) educadas en la más encorsetada disciplina del siglo XIX, aunque vivían en la mitad del siglo XX. El producto de esa educación se notaba al hablar pues nunca utilizaban una palabra malsonante y en su lugar, los eufemismos formaban parte integrante de sus diálogos familiares: "pompis", "trasero", "cuatro letras" y otras parecidas reemplazaban la muy oronda y castellana "culo" o la académica "nalga". Cuando por motivos de la conversación tenían necesidad de utilizarlo, se tapaban la boca con la mano izquierda y en voz baja pronunciaban el vocablo prohibido.

Pero una de las características que siempre recuerdo son los disfemismos particulares empleando expresiones peyorativas para mofarse de hechos o personas pedantes. El más común de "sabe mucho que sabe a pucho", "habló la vaca y dijo muu", "ni siquiera es tonto", usando frases de la misma cartilla de aprender a leer para significar que no creían lo que el visitante decía: "Susana duda que le sane el dedo". En esta fina competición de lenguas afiladas, la palma se la llevaba mi tía Virginia que además de su imaginación extraordinaria, sumaba las expresiones de mala leche que hacían reír y temblar al mismo tiempo.

Todas la Señoritas Urresta escribían de forma parecida, con la letra pausada, clara y uniforme en donde se notaba la práctica continua del “Método Palmer”, el mismo que intentaban inculcarlos a través de la pluma y la tinta china que manchaba no solamente el pupitre, la camisa, los dedos y las uñas, sino la pequeña tira de papel absorbente que llamábamos “secante” y que, en vez de secar la tinta, la regaba por toda la hoja. Mi recuerdo de niño. De cuando estaban juntas, es que mis tías tenían horror al silencio. Todas hablaban quitándose las palabras las unas a las otras, haciendo relaciones, buscando connotaciones y replicando cualquier cosa que consideraran graciosa. Creo que perfeccionaron el método de “a toro pasado todos son Manolete” pues cada vez que alguien comentaba un encuentro adverso o un comentario sobre alguien, inmediatamente alguna saltaba apostillando en voz alta “por qué no le dijiste...”, “le hubieras dicho...” y a continuación el juego de palabras, el retruécano que inmediatamente alguna otra completaba o refutaba intentando desesperadamente ser más lista que la anterior.

En el cuadro de mi reminiscencia guardo el retrato de la vieja casona colonial inmensa de una sola planta con diez salones, cuatro patios interiores y si mal no recuerdo, con cien metros de longitud. Las paredes de adobe eran altísimas, tanto que, para poder limpiar las telarañas de los rincones, existía un escobillón curvo con un mango de tres metros de largo. La cocina quedaba en el tercer patio interior alejada del comedor en por lo menos quince metros. Tamaña desproporción creo que se debía a que, al mismo tiempo de vivienda familiar, la casona servía también como Colegio principal y muy posiblemente el antiguo comedor quedó como salón de clase de tercero de primaria.

Normalmente para el común de los mortales, los gestos y palabras de la escuela son recuerdos aislados del recuerdo familiar. Pero, para nosotros los Urresta, los recuerdos están unidos y cuando recomponemos la imagen del pasado, esa mezcla escuela-familia reaparece en la conciencia. Por eso la memoria, que tiene sus vericuetos especiales, recuerda una estufa de hierro forjado incrustada en una mole de cemento que ya no se usaba y que ocupaba un lateral de la cocina. Muchas veces me acerqué a ella curioseando su arquitectura y preguntándome cómo marchaba aquella máquina de carbón o de leña o de lo que fuera que tragara para funcionar.

Sin embargo, la cocina tiene una resonancia en mi recuerdo debido al miedo que representaba ir por la noche, en medio del silencio y de la oscuridad, caminando paso a paso, apartando los miles de espectros que poblaban mi cerebro infantil.

El Comedor se colocó en la entrada bajo unas arcadas y en una de las dos paredes que tenía, existía un aparador de cedro repujado con vitrinas que dejaban ver vajilla y cristales de mejores tiempos. Sin embargo, ese armario quedó incrustado en mi remembranza porque de ahí sacaban una botella de coñac para darle una copita cada día a “Papá Segundo” como remedio a no sé qué clase de enfermedad, pero debió funcionar perfectamente porque mi abuelo murió casi centenario.

Cuando tengo la oportunidad de compartir con los amigos unas buenas botellas de “Courvoisier”, “Remy Martin” o brandy español, siempre pienso que algo bueno deben de tener estos licores y en consecuencia, brindo por el lugar oscuro donde escondían la bebida paterna y por la longevidad esperada de tan exquisita medicina.

Supongo que la casona fue construida en los tiempos en que el barrio se llamaba “El Vallano” y constituía una de las mejores zonas para las élites tradicionales antes de que cambiara de nombre por “San Nicolás” y se convirtiera en zona comercial y bulliciosa cuando llegó la modernización y la retrasada industrialización caleña.

De ese período, recuerdos nombres comerciales que sonaban al tuntún de las conversaciones cotidianas y banales entre las tías, como “Almacenes Fortuna”, “Arabia”, “Nader”, “Calzado Pacífico”, “Salchichería Cali” y otras por el estilo que deberían integrar las habituales compras diarias y sus consecuentes problemas monetarios o de calidad. Pero la marca “Mecateadero las Caicedos” tiene un cierto deleite en la evocación histórica, aunque no tenga conciencia clara de haber disfrutado de sus golosinas, dulces y galletas que en Colombia adquieren el nombre genérico de “mecato”.

Pero cada vez que visualizo interiormente la casona materna, me llega el dibujo geométrico que tenían los mosaicos del suelo. Ese mismo dibujo lo he encontrado posteriormente en algunas casas antiguas de Andalucía (sobre todo en Córdoba y Granada). Conjeturo que el mosaico se quedó grabado en mis recuerdos debido a las múltiples fiestas de navidad y de fin de año que obligatoriamente debíamos celebrar junto a mi abuelo.

En esas fiestas era inevitable bailar con los pocos discos de vinilo de 45 revoluciones que se ponían en el tocadiscos “Philco” comprado para la ocasión por la tía Leonor en los almacenes comerciales recientemente inaugurados. Los discos estrellas eran el pasodoble “La Gata Golosa” combinado con el “Chulla Quiteño”, el “San Fernando” de Lucho Bermúdez y algunas voces, como las de Ortiz Tirado, Juan Arvizu y José Mojica, se mezclaban con la música de José Barros (“Arbolito de Navidad”, “El Pescador”, “Guere, Guere” y otras).

Sin embargo, la reminiscencia que tiene sus laberintos propios, no olvida el espectáculo de fin de año que se organizaba en las puertas de la casona cuando, al pasar las murgas y comparsas callejeras con sus tambores bullangueros que llamábamos “garrón de puerco”, el tío Tomás salía a bailar con la muerte mientras el diablo y la viuda del año viejo metían miedo a los niños y reclamaban el aguinaldo acostumbrado.

Todos los treinta y uno de diciembre y justo antes de dar las doce, mi abuelo recorría todas las habitaciones del antiguo caserón arrancando de las paredes los almanaques del año viejo para llevarlos al fondo del último patio, donde organizaba una fogata con ellos y, mientras el resto de la familia celebraba la llegada del nuevo año, él observaba cómo las llamas consumían lo que quedaba impreso del año que terminaba

Muchas veces lo acompañé en ese ritual de fuego que atraía mi curiosidad infantil. Mucho tiempo después comprendí el efecto “purificador” de este acto fumífero para ahuyentar los espíritus malignos, “quemar” lo malo y preparar la renovación del año venidero. Nunca supe si mi abuelo practicaba alguna meditación u oración profunda mientras ardía la porquería del año que se iba.

En Colombia, en aquella época, los regalos navideños los traía el “Niño Dios” cuyo nacimiento se celebraba al pie del “pesebre” que cada cual adornaba según su imaginación y apañío. Lo obligatorio es que tuviera una vaca, un asno, una estrella y las figuras de José y María y, evidentemente, la del Niño que sólo se ponía el 24 de diciembre. Eventualmente, existían las figuras de los tres Reyes Magos que poco a poco se iban acercando al “Portal de Belén” según fueran

pasando los días. Esa era la representación que mandaba los cánones emitidos por la “Santa Madre Iglesia” y se conservaba como tradición desde los tiempos de la Colonia.

“Papá Noel” es una historia moderna que logró imponerse en la tradición colombiana, gracias a la publicidad de Coca-Cola. El hombre bonachón sonrosado de barba blanca y vestido de rojo, fue la imagen creada por esta multinacional a finales de los años cuarenta y que poco a poco sustituyó al “Niño” contando con el beneplácito de la Iglesia y del Comercio en general que descubrirían un tievo negocio por explotar.

Pese a que la familia Urresta Santamaría era profundamente religiosa, “cristiana, apostólica y romana” y comulgaban con pepitas de camándulas; curiosamente nuestros regalos de navidad no los traía el dichoso “Niño”. Los aportaba “Mamá Mimina”, la abuela materna que ningún primo conoció por su muerte temprana. Manuelita Santamaría Quintero tuvo, como todas las mujeres de su tiempo, muchos embarazos que, entre abortos naturales, dieron con el nacimiento de seis mujeres y dos varones (uno de ellos, Olmedo, murió a los nueve años). Su imagen y recuerdo perduraron en nuestra memoria gracias a la veneración y a la exaltación que sus hijas hicieron de ella.

Normalmente en nuestra cultura la Madre por ser Madre, adquiere un papel trascendental y se convierte en el inconsciente social de los hijos, en personas extraordinarias, sublimes y fuera de lo normal hasta adquirir la imagen de santas abnegadas y sobre todo “sabias”. Nunca he podido soportar esa glorificación del concepto “Madre”. Quiero a mi madre imperfecta, con sus defectos y con sus errores. La quiero normal con sus frustraciones, sus miserias internas y los infortunios que la vida le deparó o que ella no supo superar.

Esa es mi Madre de carne y hueso. Luz María Urresta Santamaría, junto con su gran amiga, Alicia Bonilla Aragón, lucharon en los años cuarenta por la condición y el voto femenino en la Alianza Femenina del Valle y posteriormente como promotoras y sindicalistas en la Unión de Maestros del Valle del Cauca (UMAVALCA).

En la educación singular de las Señoritas Urresta, “Mamá Mimina” se convirtió en un recuerdo colectivo tan significativo y notable, que continuamente en sus conversaciones mencionaban su presencia utilizando frecuentemente la frase “Mi mamá decía...” y a continuación la sentencia sabia sobre el comportamiento humano o el refrán de sentido común que aclaraba la situación tratada o daba pistas para explicarla. Mi madre no escapaba a esta regla. Nos aturdía con su refranero monótono de “porque mi madre decía que el trabajo de un niño es poco pero el que lo rechaza es un loco”; “porque mi madre decía que muchas manos hacen ligero el trabajo”; “porque mi madre decía que la prudencia es la base de la felicidad”; “porque mi madre decía que mal es errar, pero peor es perseverar”; y así sucesivamente. Tanto lo decía que un día saqué fuerzas para decirle en tono irónico: “o cambias de discurso o solo me quedará decirles a mis hijos que la mamá de mi mamá decía...”.

La desaparición de “Mamá Mimina” a la edad aproximada de sesenta años, debió marcar a toda su descendencia y dejar un vacío tan fuerte, que decidieron conservar su imagen espiritual para recuerdo de sus nietos y no encontraron otra idea que evocar su nombre cada navidad, aunque para ello debían acabar con la sacrosanta costumbre del “Niño” regalón.

De modo que, por natividad, en la sede paterna se repetía la misma costumbre con un ritual permanente tal y como deben ser para que permanezcan en la recordación. En la casona existía

un cuarto exclusivo para depositar los paquetes que iban aportando las diferentes familias y que se encontraba vedado a toda curiosidad infantil. Sabías que había subido en el escalafón social de la familia, cuando tenías la edad suficiente para organizar el salón de los regalos impidiendo que los menores husmearan y se dieran cuenta del engaño decembrino. A una hora determinada, todos entrábamos a la selecta estancia y nos acomodábamos según “rango” y edad alrededor del sillón principal del abuelo.

Entonces la tía Leonor, como una Sibila moderna, asumía el mando de portavoz de la “Urrestia-da” y ejercía el derecho a ser la maestra de ceremonias. Que yo recuerde y a pesar de no ser la mayor, ninguna de sus hermanas discutía ni ponían en duda su liderazgo ejercido con el más alto orgullo familiar.

Los regalos se adjudicaban por orden descendente: primero el abuelo, después la de mayor edad y así sucesivamente hasta llegar al último bebé que hubiera nacido ese año. La única excepción eran los regalos a la Directora general de la ceremonia que se entregaba al final, dando por finalizada el ritual y el acto solemne de los regalos de “Mamá Mimina”. Sin embargo, el horror de los más pequeños era la espera interminable, mientras los mayores recibían sus regalos y observaban como la montaña de obsequios disminuía aceleradamente a medida que se desarrollaba el rito. Diego y yo siempre discutíamos porque él tenía derecho a recibirlos primero por haber nacido unos meses antes. Luego vendría la decepción de lo recibido porque nunca era lo que esperabas y es que, en este espectáculo de veneración familiar, todas las familias se sentían obligadas a comprar regalos para todos y no todos tenían buen gusto, dinero y disposición para escoger los obsequios.

Uno de esos regalos que recibí en mi adolescencia fue un cepillo de pelo de madera regalado por mi tía Leonor y que guardé mucho tiempo hasta que lo perdí en un camping en el Peloponoso griego. Lo guardaba como un fetiche, aunque de nada me hubiera servido más adelante debido a la herencia paterna de que “Carvajal que se respete tiene que ser calvo”.

Todas la Señoritas Urresta fueron maestras, pero solamente cuatro de ellas regentaban dos Colegios separados el uno del otro por dos calles de distancia y dividida su gestión en la cifra salomónica de dos señoritas para cada uno. No sé por qué motivo, ni por qué razones, yo estuve en los dos. De vez en cuando, la docencia se veía apoyada por Tomás Antonio, el único hermano criado entre tantas mujeres y por Gertrudis una amiga de la infancia a quien todos conocían como Tula.

Del tío Tomas aprendí algunos rudimentos de historia, pero, sobre todo, aprendí a hablar de cosas que no tenían que ver con la asignatura que explicaba. Por cualquier motivo o por cualquier desvío de atención, se largaba en diatribas y explicaciones que demostraban que su verdadera profesión era la de ser político liberal y escritor frustrado de cuentos infantiles. Sus historias inventadas sobre la marcha del “Niño Valiente” defendiendo a la Virgen de ignominiosos malvados, ha quedado grabada en generaciones de mentes infantiles, pero sobre todo en las de sus sobrinos e hijos que tuvieron la suerte de escuchar sus ditirambos sobre el arrojado de un niño que podía luchar contra cualquiera y salir victorioso con una espada de madera. Tomás Urresta Santamaría fue muchas veces alcalde de Yumbo y promotor del Colegio Mayor del que fue su primer Rector.

De Tula aprendí los principios de aritmética y su explicación docente de la Regla de Tres me

quedó grabada para toda la vida. Tanto, que aún hoy, a pesar de los ordenadores y de calculadoras sofisticadas, sigo haciendo razonamientos mentales utilizando su fórmula y aplicándola hasta para analizar el comportamiento humano: todo tiene relación directa, inversa, compuesta, simple o mixta. Creo que esa es la razón por la cual me he divorciado tantas veces.

A pesar de haberse criado juntas y tener una base común, cada una de ellas mantenían caracteres diferentes y eso se notaba en cada Colegio. María Angustias, a quien llamaban y todos conocíamos como Maruja, era la mayor de las hermanas y como tal, mantenía un perfil de “mamá grande”. Su preferida y aliada en la vida fue la tía Virginia junto con la cual dirigía uno de los Colegios. Siempre tendré el recuerdo de alguien que era muy severa o parecía serlo pero que continuamente se ocupaba de mis heridas y el olor a agua oxigenada y a yodo la acompañarán en mis recuerdos.

Sin embargo, la verdadera Señorita Urresta, la Rectora Máxima, fue la tía Leonor. ¡Un metro cincuenta de estatura y dos metros de carácter! ¡Ay! Del que olvidara comportarse con el debido respeto delante de ella. No tenía ningún reparo en poner en su sitio a cuanto mequetrefe o majadero intentara sobrepasar el espacio de observancia debido a su estatuto de señorita culta, refinada y educada para mandar.

Recuerdo una tarde caleña en la que un taxista (no recuerdo por qué) intentó aprovecharse de ella y con la furia que le caracterizaba, se levantó de puntillas a la altura del metro setenta y ochenta kilos que pesaba el chofer petimetre... y ¡le plantó dos sonadas bofetadas que nos dejaron helados a los que estábamos con ella!

Casi nadie osaba contradecir su criterio y sus opiniones eran contundentes. Fue mi madrina y como tal ejerció hasta su muerte. Fue ella la que me incitaba a partir, a salir, a conocer mundo y me hablaba de otras culturas como si las hubiera conocido, como si las hubiera visitado, con el ansia de que alguien cumpliera su sueño frustrado de salir del mundo en que vivía. “Si yo hubiera sido hombre ¡me había ido!” me decía. Aprendió francés con su amigo del alma, un belga llamado Georges que se convirtió en Padre Jorge cuando su comunidad asuncionista lo mandó en misión a Colombia.

En mi vagabundeo por Europa mi madrina me acompañaba espiritualmente y cada vez que visitaba lugares pintorescos, enviaba postales que sabía que apreciaría desde sus sueños no cumplidos. En contrapartida, cada cumpleaños y cada diciembre, recibía su tarjeta estuviera donde estuviera. Hasta el final de su vida, religiosamente (y nunca mejor dicho porque a pesar de que sabía que no era creyente, me mandaba sus oraciones y bendiciones divinas), cumplió con la costumbre de enviarme sus felicitaciones, aunque en los últimos tiempos las llenaba con la letra temblorosa que le permitía el párkinson. La última de navidad la escribió antes de morir-se y por esas extrañas circunstancias y vueltas que da la vida, solo la recibí en París tres meses después de su desaparición. Fue una sorpresa extraordinaria encontrármela de pronto, ahí, tal cual era, disculpándose por no escribir mejor.

En aquel entonces la educación en Colombia se veía continuamente afectada por el eterno conflicto entre partidos políticos y la relación de estos partidos con la iglesia católica. El liberalismo proclamaba libertad de culto e igualdad ciudadana y el conservadurismo proclamaba la

enseñanza cristiana como modelo prioritario para ser aplicada en toda la República. Cada vez que uno de ellos subía al poder, se revisaba su organización y se cambiaba totalmente los programas educativos.

Con el paso del tiempo tanta reorganización ocasionó confusión de ideales hasta que, como bien dijo el maestro Gabo, “la única diferencia entre ellos es que los conservadores van a misa de ocho y los liberales a misa de nueve”. Esa circunstancia no escapó a mi curiosidad escolar y siempre me pregunté cómo era posible que, siendo mis tías tan profundamente católicas, fervientes cristianas y con un pensamiento tradicionalista, votaran en bloque al partido Liberal. La instrucción escolar se basaba esencialmente en el papel del maestro que era el que sabía y por lo tanto dictaminaba y ordenaba. Al alumno sólo le quedaba el deber de acatar las normas y reglas como forma de acceso a los valores y a la moral imperante. A través de los ejercicios escolares los alumnos adquirían disposiciones físicas e intelectuales para convertirse en buenos estudiantes. La disciplina escolar y el castigo eran fundamentales para convencer al agresor de volver a la norma y obligarlo a renunciar a sus caprichos y tendencias personales. No es extraño, por lo tanto, que la educación en ese entonces tuviera como base fundamental la infranqueable frase: “la letra con sangre entra”. A muchas generaciones nos educaron a base de “reglazos”, “coscorrones”, “jalón de orejas” y otras torturas parecidas que los profesores asumían como la forma más normal de aprendizaje.

El “Jardín Infantil” no eran ajeno a utilizar este severo método de castigos físicos para lograr un mejor rendimiento escolar de los alumnos desaplicados. Pero junto a los palmetazos tradicionales dados con la gruesa regla de madera, la Señoritas Urresta sumaron otro castigo de tipo emocional: la humillación colectiva. Todos recordamos el terrible “faldón” negro que te obligaban a ponerte encima del uniforme y con esa falda de mujer te intimaban a pasearte por todas las aulas del Colegio y aguantar la vergüenza de que todos los estudiantes en coro, entonaran una temible canción de deshonra:

“Pobre burrito, no supo contestar y por eso burrito castigado va a quedar. ¡En ese burrito me monto yo!”.

Otras veces simplemente te ponían el “faldón” y te quedabas en un rincón de la clase rumiando la ignominia. En las vueltas y revueltas de mi vida me he encontrado en Alemania, Francia, España y Bélgica con antiguos alumnos del Colegio convertidos en expertos profesionales realizando sus especializaciones doctorales. Todos guardaban en la memoria ese singular castigo y al contar las anécdotas personales, terminaban riendo nerviosamente y aceptando que el ridículo cuando no mata, puede ayudarte a recordar la lección no aprendida, porque todos, sin excepción, recordaban perfectamente el motivo por el cual sufrieron el temible “faldón”. No me contaron, sin embargo, si ese castigo emocional se lo habían confesado a sus sicoanalistas personales.

En los años cincuenta los dibujos animados de la factoría Disney desempeñaron un papel muy importante reemplazando los cuentos maravillosos tradicionales por una visión banalizada, edulcorada y cursi. Sus almibarados mensajes éticos-estéticos grabaron en nuestras mentes de niños ciertos patrones de belleza-fealdad y bondad-maldad que sepultaron la verdadera historia contada de los clásicos de la literatura infantil. Solo cuando leí “Alicia en el País de las Maravillas” y “Alicia a través del espejo” y admiré la preciosidad del lenguaje y el tratado de lógica y filosofía que encierran estos libros, me di cuenta de cuánto me habían escamoteado y engañado

con la versión corrupta de Disney, considerada, por muchos intelectuales, como la mayor catástrofe estética, moral y cultural del siglo XX.

No obstante, en aquella época las películas Disney eran consideradas “modernas” y algunas veces, como método “innovador” de entretenimiento infantil. El “Jardín Infantil de las Señoritas Urresta” no escapaba a esa ola “vanguardista” del momento. Además de las tiernas canciones de la primera edad, los poemas de Rafael Pombo, las Fábulas de Esopo y Samaniego, nos pasaban las películas de Walt Disney utilizando un proyector de fotogramas, mientras una de las señoritas Urresta explicaba la acción a viva voz.

Igualmente, y como cabía esperar, perfeccionaron el método recreativo con unos moldes de caucho de donde salían figuras de yeso: enanos, lanca nieves, bellas durmientes, bambis, cenicientas, príncipes y cuanto animalario pudiera haber. Luego, nos tocaba pintarlas con “témperas” para ser presentados como trabajos manuales de fin de curso. ¡Cuántas horas nos hemos pasado pintarrajeando esas figuras que finalmente terminaban estorbando en los anaqueles y las repisas de nuestras casas! Recuerdo que, con alguna de ellas, dibujábamos los cuadros necesarios para jugar a la “Rayuela” en las aceras de nuestros hogares.

En esta pueril y animada distracción de infantes, la palma de oro se la llevó el Colegio regentado por la tía Virginia, que elevó a los altares el canon de belleza estética y moral disneyana. Los disfraces de las fiestas siempre tenían que tener alas, antenas, velos y atrezos a lo Disney. Una prueba de ellos fue su propio hijo que vivió toda su vida hasta su temprana muerte, rodeado de hadas, príncipes, cuerpos alados y fantasías que primorosamente diseñaba como si fuera uno de los mejores dibujantes de la factoría Disney. A mi primo Harold nadie le explicó que Peter Pan se suicida cuando mucho tiempo después, intenta ligar de nuevo con una Wendy madura en edad y espíritu, que ha dejado para siempre toda la entelequia del “País de Nunca Jamás” donde quería volver a arrastrarla.

Los Colegios eran mixtos y las chicas tenían muy diferenciada la asignatura de Trabajos Manuales. A ellas les correspondía “Costura” mientras que a los chicos trabajos con madera o cartón piedra. Cuando los niños nos portábamos mal, teníamos como castigo servir de “esclavos” de las niñas durante la costura. Debíamos aprender a templar las telas en los bastidores de bordar, a enhebrar agujas y hacer punto de cruz, según el capricho y las demandas que nos hicieran ellas.

No sé si pensaban que con ese castigo nos humillaban, pero personalmente, debí comportarme muy mal muchas veces, porque de los cinco años que pasé en Kinder y Primaria, salí diestro en remendar, manejar la aguja y hasta crochet aprendí. Labores que me han servido a lo largo de mi vida. No recuerdo que el castigo fuera recíproco. Nunca vi a una niña haciendo trabajos “masculinos”.

En nuestras vidas de impúberes alguien ejerció de verdadera “hada madrina”, en el sentido de las hadas protectoras medievales de la cultura Celta, perseverando para que aprendiéramos los elementos educativos esenciales que decretaron el destino de nuestra futura escolaridad. La Señorita Elia era nuestra “deidad” que se preocupaba especialmente por nuestro bienestar cuando estábamos en kínder y utilizaba sus “poderes mágicos” para hacernos la vida agradable. Tenía todas las atribuciones que tienen las “hadas” y era capaz de encantarnos con las canciones, de hechizarnos con los cuentos del fotograma y conocía la virtud de las palabras para calmar nuestras angustias infantiles.

Para mí, su sobrino, mantenía una doble compostura, en un momento era la criatura mágica que nos subyugaba durante las clases y en otro momento se convertía en humana como las demás. Nunca supe donde estaba la línea que atravesaba para pasar de un mundo al otro. Además, personalmente siempre supe que mantenía en secreto unas cuantas hierbas milagrosas que la ayudaron a mantenerse joven y bella mientras a las demás las atropellaba el tiempo.

La tía Elea Hortensia era la menor de las hermanas y, como tal, debió soportar que todas las demás se comportaran con ella como madres suplentes, pero, a su vez, ella misma se comportaba maternalmente con los niños que pisaban por primera vez el Colegio. Fue la tía más próxima a los primos, sobre todo las primas mayores que contaban con ella como una amiga más. Al ser la más joven de las tías, se aproximaba a la modernidad de la familia y de las vicisitudes del cambio brusco que empezaba a suceder en la sociedad caleña de entonces.

Pese a que no recuerdo haber escuchado ningún concierto, tengo la impresión de que todas las Señoritas Urresta sabían tocar algún instrumento de cuerda porque siempre existieron guitarras, bandurrias y tiples regados por diferentes sitios. Sin embargo, cuando reconstruyo el pasado, tengo memoria de la tía Elia tocando el acordeón, aunque fuera una pieza única que hablaba de una “fruta madura”. Si este hecho es verdad o no, da lo mismo porque las sombras del recuerdo lo significan como algo especial y como tal debe quedar reflejado.

Era ella la que organizaba los juegos y corros durante el recreo, las veladas de fin de curso, la que terminaba arreglando delicadamente los desperfectos que ocasionábamos a las mencionadas figuritas de yeso. La que organizaba los paseos y las marchas callejeras cuando desfilabas los domingos y fiestas de guardar con el “uniforme de gala”, una chaqueta de almirante cuyo modelo muy posiblemente lo hubieran copiado de los trajes de nuestros próceres de la independencia. La que organizaba la foto escolar sentados en un pupitre, con el mapa de Colombia detrás y un mapamundi al lado mientras simulabas un ademán de escribir algo para que, por lo menos en esa foto, salieras con aire inteligente.

Siempre la tendré en mis pensamientos como una persona afable que tenía poderes y capacidad de hacer feliz a la gente que la rodeaba. Cada vez que regreso a Cali, la encuentro con su natural belleza, su cuerpo menudo y, sobre todo, con esa chispa inteligente y alegre reflejada en su mirada, lo que me lleva a especular sobre el perdón del tiempo para las personas buenas y la condonación de los años por su comportamiento ejemplar. Lo que me ratifica en mi concepto infantil de hada.

La variedad de labores ejercida por la tía Elia la hacían a mis ojos de niño un ser sobrenatural, pues cuidaba de mí no sólo como profesora, sino también en los tiempos no escolares y cuando nos íbamos de vacaciones a la finca-seminario de Yumbo. En el bosque de esa finca mi imaginación quedó desbordada creando el mundo mágico que todavía hoy día me sigue inquietando. Estaba bordeada de arrayanes y gualandayes; de samanes y madroños; guayacanes y ceibas y de otra infinidad de árboles y matorrales. Sin embargo, en un lugar muy privilegiado de mi cerebro quedó grabado para siempre el extraordinario chiminango de la entrada que fue testigo de las múltiples anécdotas y peripecias acaecidas bajo su atenta mirada y es culpable de que aún hoy día resuenen en mi memoria. Recordar es necesario para mantener una buena salud mental, pero saber olvidar también lo es. Sólo que nadie es capaz de trazar la delgada línea roja de donde termina una y comienza la otra.

## Primera historia Neoyorquina

En los años setenta, cuando mi hermano del alma, Adolfo Giraldo, se encontraba camino a Francia, nos encontramos en New York en donde me ganaba la vida trabajando en una fábrica de plástico y ahorrando para poder seguir estudiando en París. Juntos recorrimos los lados más oscuros de esta ciudad que nos atraía, nos encandilaba y admirábamos en silencio, porque representaba el capitalismo puro y duro que rechazaba nuestro pensamiento de aquel entonces.

Sin embargo, ese rechazo no nos impidió conocer los lugares transitados por tantos escritores y sobre todo, por un autor que habíamos leído juntos en la adolescencia y había tocado nuestra fibra más íntima: Jhon Dos Passos y su “Manhattan Transfer”. Recorrimos sin miedo alguno el temible Bronx en donde las bandas hispanas y negras imponían su ley, sobre todo en “El Barrio” de la 116 dominado fundamentalmente por los boricuas.

En Chinatown presenciamos una pelea a cuchillo y bates de béisbol, entre bandas rivales de jóvenes que brincaban por encima de los automóviles y de las estanterías en las aceras. También visitamos Harlem donde los negros nos miraban con desconfianza y tal vez, por conmiseración, nos perdonaron la vida. Comíamos en los chino-cubanos de la 14 y nos reíamos del acento de los camareros chinos.

Pero, sobre todo, nos impresionó la Gran Estación de la 42. En esa época, la Gran Manzana se encontraba en banca rota y los alrededores de la Estación eran lupanares sin orden alguno donde se podía presenciar fácilmente indigentes, borrachos, drogadictos y peleas con revolver en mano entre prostitutas negras y sus clientes o chulos o ladrones. Años después, cuando escuché por primera vez “Pedro Navaja”, todas esas imágenes volvieron y mi mente las acomodó a una historia vivida. Conocía el relato de la canción porque lo había visto y podía, además, ponerles cara a los protagonistas.

Indudablemente también recorrimos los centros de la salsa. Fuimos a “El Corzo” de la calle 86 a escuchar a Jhonny Pacheco. Tuvimos una suerte loca porque sin saberlo, esa noche se presentaron Tito Puente y Vicentico Valdez. Fue una locura

y todos los que estábamos, pudimos hablar con ellos. Pero no tuvimos la oportunidad de tomar fotos. Ninguno llevábamos cámara.

A lo largo de mi vida he regresado muchas a veces a New York y siempre me sorprende esta ciudad seductora y acanallada en donde todo es posible. Sin embargo, la primera visión que tuve junto a mi amigo, fue la mirada extasiada y a veces incauta de unos jóvenes que, por diferentes motivos, teníamos ya un recuerdo de ella sin haberla conocido.

Además, logramos entradas para ver los cincuenta años de la Sonora Matancera en el Madison Square Garden. Con ese concierto conseguimos las suficientes “indulgencias plenarias” para que ningún versado salsero nos imponga sus comentarios de experto toca pelotas.

## Los Dos Días de la Vida

Fuimos cinco los muchachos que conjuntamente nos curamos mutuamente las heridas que nos dejaron la pubertad y la adolescencia. Aprendimos muy pronto que todos estábamos el uno por el otro y eso nos bastaba. Frente a un desaguado amoroso, una alegría, un desanimo, un roto económico, una duda existencial, una ilusión hecha añicos, un gozo vivencial, los miles de errores y los pocos logros que nuestra huella iba dejando, nos protegíamos mutuamente sin preguntar nada ni exigir nada. En eso consistía nuestro amor.

Con Adolfo Giraldo que murió en el 2008 y Ernán Ospina que moriría un año después de la misma enfermedad, la maldita leucemia; con Aníbal Arias el gran poeta y Arturo de la Pava, médico siquiatra y sicoanalista; recorrimos una gran parte de nuestra adolescencia y juntos permanecimos unidos en nuestra adultez. Tal era el grado de compenetración que llegamos a tener, que muchas veces no necesitábamos hablar para saber lo que el otro pensaba en ese mismo instante. A veces soltábamos la carcajada por el chiste o comentario telepático que recibíamos frente a una situación dada y eso nos comprometía frente a los demás que nos consideraban idiotas egocéntricos. Y tenían razón: nuestro mundo era nuestro y de nadie más.

El Santiago de Cali de los sesenta que nos tocó vivir, era una villa provinciana a pesar de que ya rondaba el medio millón de habitantes. La mayoría de ellos eran pobres residentes de submundos que habían llegado a la ciudad en busca de mejores tiempos frente a una incipiente industrialización de la región. Entre los desplazados de la violencia y los nuevos obreros construyeron las “urbanizaciones piratas”, los “barrios clandestinos controlados” y los barrios de invasión que acordaban sus límites territoriales.

La multiculturalidad y el mestizaje acelerado de la población, trajo consigo un cambio apresurado en las costumbres, en las luchas sociales y en los hábitos musicales y alimenticios de los pobladores nuevos y viejos de la aldea caleña que en aquel entonces terminaba en “El Barrio Caldas” y la Tercera Brigada.

Como casi todas las ciudades del mundo que he conocido, la ciudad estaba dividi-

da entre el norte y el sur y como en casi todas las ciudades del mundo, por una ley no escrita, geopolíticamente la gente del sur se diferenciaba de la gente del norte. Vivir en una zona o en otra marcaba la existencia, no solo en estética, en música, en educación, en deportes, en gustos, sino también en amores y posición frente a la vida.

Esta opinión es discutible, evidentemente, pero no hablo desde la certeza sino desde la incertidumbre que siempre me ha acompañado. Fueron esas las circunstancias que imprimieron a nuestras vidas un sabor especial y un olor particular que nos permitía, como a los animales, reconocernos en nuestra manada.

De modo que no hay rincón de nuestros barrios “El Templete” y “San Fernando”, que no recuerde nuestra apuesta por ser hombres, nuestros fiascos amorosos y los descabros por no alcanzar la meta propuesta. Juntos construimos puentes hacia ninguna parte, jugábamos a ser adultos en cualquier esquina del barrio, aprendimos a creer en nosotros mismos a fuerza de golpearnos una y otra vez con la misma piedra.

Éramos jóvenes y creíamos y como todos los jóvenes de la tierra, pretendíamos estar por encima del bien y del mal. Teníamos nuestras “verdades” y con ella nos enfrentamos a nuestro entorno convencidos de ganar la partida sin saber a qué apostábamos. Nos convertimos en mayores antes de tiempo. Algunos nos jugamos la vida inútilmente solamente para demostrar que éramos algo.

Desde esa época descubrí que los hermanos eran amigos impuestos a la fuerza por la familia y que mis amigos eran hermanos que yo me buscaba por mi cuenta. Desde entonces esa verdad me ha acompañado siempre.

De los cinco hermanos-amigos, tengo que reconocerlo, fui el más gamberro. Por circunstancias de la vida crecí de manera autónoma y libre. Eso hizo de mí un chico que no tenía ni Dios, ni Maestro y del anarquismo sin saberlo, absorbí su plena libertad. Por no tener, no tenía ni nombre propio, me llamaban “Manuelo” y como tal, conocido desde la Avenida “Los Mangos” hasta el parque “Del perro” pasando por toda la “Roosevelt”. Nunca supe porque me pusieron ese sobrenombre la gallada del barrio. Creo tener una explicación y es que mi atractiva hermana Manuelita era lo más importante en mi casa hasta que crecí yo.

Fui, tal vez, como mucho de los muchachos de la época, producto del barrio, aprendiendo la vida en la esquina y en tropeles de jebatos luchando por hacerse reconocer. Mi personalidad se forjó en el asfalto, fajándome por glorias efímeras y triunfos más que dudosos. Esa emancipación marcaría la forma de enfrentarme a los problemas asumiendo en solitario, la consecuencia de mis quehaceres cotidianos.

Evidentemente, en aquel tiempo no era consciente de mi libre albedrío y mucho menos de la libertad que tenía para hacer lo quisiera. Simplemente hacía y crecía, no tenía otra opción. Cuando celebramos la fiesta de los cuarenta años, Julio Martínez, un malogrado amigo de esa época, me sorprendió confesándome que siempre me tuvo envidia por la independencia que tenía para decidir sobre mi vida mientras que él tuvo siempre que pedir permiso hasta para ir al baile del sábado por la tarde.

Pero esa misma anarquía en la que vivía me hizo llegar a la literatura comunista y a la búsqueda de la igualdad y de una cierta justicia. Con mi extravagante manía de leer todo lo que tengo al alcance de mi vista, a los catorce años cayó en mis manos el “Manual de Economía Política” de Nikitin y les aseguro que me lo leí de cabo a rabo, lo tenía completamente subrayado y... ¡desgraciadamente no entendía nada!

Pero que feliz era yendo con el libro debajo del brazo camuflado en papel periódico para esconder su título. ¡Sobre todo subrayado que era lo más importante! Con la visión que nos da la distancia, hoy puedo decir que el marxismo me salvó de ser un delincuente común y que la literatura me salvó de ser un cuadrículado militante comunista. Pero hasta ahora nadie me ha explicado como salvarme de mi mismo.

El padre de Adolfo tenía una muy escogida, personal y exclusiva biblioteca que no permitía que nadie la tocara. Gracias a ella y en edad muy temprana, tuvimos el privilegio de leer (entre otros y además con deleite) todos los tomos del “Don Apacible” de Sholojov, “El cuarteto de Alejandría” de Durrell, las obras de Dostoyevski y Tolstoi, y el interminable “A la búsqueda del tiempo perdido” de Marcel Proust. Esa experiencia lectora nos permitió terminar también, “Ulises” de Joyce. El tejemaneje que “el flaco” hacía para birlar los libros y camuflar su espacio en la librería de su padre, fue el inicio de una manía que perfecciono en París muchos años después.

Don Pedro, el terrible patriarca que hacía y deshacía según fuera su voluntad, mantenía en su casa, además de su biblioteca, un Bar familiar donde departía con sus clientes predilectos. Ese fantástico lugar lo convertimos en nuestra particular “Casa de Irene” en donde, como en la canción que estaba de moda, nos reuníamos a beber, a bailar y, sobre todo, a discutir.

Sabíamos donde guardaba el buen güisqui y el buen vino y cuando no podíamos encontrarlo, nos servía igual el que tenía guardado para gente corriente. Cuando podíamos, utilizábamos “El Cajón” y hasta el apartamento de empresa destinado a clientes selectos nos sirvió para despararrar nuestras ansias juveniles. El Cajón era (es porque todavía existe) una camioneta Dodge de los años 50 que Don Pedro protegía y mimaba en recuerdo de los viejos tiempos de corredor mercantil, cuando empezó a hacer su fortuna. Sin su permiso y sin que lo supiera, nos sirvió a todos para “chicanear” por la sexta, aprender a conducir y hacer perradas innumerables en el fabuloso espacio que tenía en su interior.

Tiempo después, cuando ya éramos más que adultos, nos trataba de “vergajos irresponsables” recordando esas acciones con cierto cariño y nostalgia. Sin embargo, esa no fue su reacción cuando una insensata noche estrellamos El Cajón contra la carrilera del tren huyendo de la policía. La jupiteriana cólera de Don Pedro alcanzo a las familias de Arturo y Ernán que pagaron caro el atrevimiento y, por esa suerte que siempre me ha acompañado en la vida, yo pase incólume por ese desgraciado accidente. Don Pedro murió sin saber que también fui culpable del siniestro que abolló su querido Cajón.

Pertenecíamos a una clase media en donde la gente se conocía y sabían que fulano era hijo de zutano y perencejo pariente de mengano. Todavía la virginidad de las chicas representaba matrimonio y ¡había que ver como la cuidaban! También yo serví algunas veces de “chaperón” para cuidar las de mis hermanas. En esa sociedad timorata, pazguata, católica, apostólica y romana, el “ser de buena familia” se identificaba con que tenías la piel blanca o parecida, en todo caso no oscura, y tener un nombre más o menos emparentado con algunos de los apellidos de la “alta sociedad”. Eso te hacía sentir superior y con más ventaja en la vida, por lo menos laboralmente frente a los demás.

Recuerdo una vez que quise emplearme como “patinador” en un Banco de la ciudad. “Patinador” era el chico mensajero que servía para llevar y traer diferentes documentos dentro del esta-

blecimiento, especialmente cheques entre las cajas y los archivos donde se comprobaba la firma. Para eso no se necesitaba demasiada formación. Nos presentamos tres candidatos todos adolescentes y entre un negro, un mulato y un blanco, escogieron al blanco porque por una ley no escrita, ninguna persona “de color” podía trabajar en los servicios bancarios debido a la desconfianza que generaba. Cuando el jefe de personal me explicó sus razones, sentí tal vergüenza interna que nunca más intenté trabajar en un banco en Colombia. Por supuesto que no acepte su trabajo, pero esa experiencia me sirvió para comprender el racismo latente que se almacenaba en el subconsciente colectivo de la miserable sociedad en la que vivíamos.

A los 15 años colaboraba con un programa de radio en “La Voz del País” y con Christian Caicedo, teníamos otro en “Radio Eco” los sábados. Hablaba de cualquier cosa. En esa época, los discos modernos tardaban en llegar al circuito comercial. Adolfo, por el negocio de su padre, consiguió el recién salido segundo LP de los Rolling Stones, grupo poco conocido, al menos en Cali. Pero esa música no era la mía. Siempre fui un viejo rumbero del sur y me molestaban los “rockanroleros” del norte. Mis gustos musicales se forjaron con el bolero arrabalero, el tango, las rancheras y la Salsa cuando todavía no se llamaba Salsa. Yo soy del negrito del batey, del negro bembón, de la punta del pie de teresa, del chivo de la campana, del comején que todavía camina, del pachulí sujeto fino, del que no es médico ni abogado, pero tiene un swin que todos quisieran tener. Fui criatura nocturna del “Aretama”, “Costeñita”, “Séptimo Cielo” y “Fantasio” y por pura concesión y condescendencia, fui también dominguero del “Latino”.

De modo que cuando Adolfo nos presentaba lo nuevo del rock venido de Inglaterra, yo tenía un rechazo visceral, mientras que a Ernán y Arturo les fascinaba. Sin embargo, echando mano de la gran impostura que toda la vida me ha acompañado, no tuve ninguna vergüenza en escribir un largo panegírico sobre las “piedras que rodaban” y la música que se nos venía encima. En esa clase de canciones Adolfo fue mi mentor. De su mano conocí a los perros rabioso de Joe Cocker, Mama and Papas, Jimmy Hendrix, The Kins, etc. y por supuesto, The Beatles que se convertirían en un legado sacrosanto en donde Ernán y Adolfo rivalizaron toda la vida por saber quién era más fanático y quien guardaba los recuerdos más antiguos en el altar que cada uno construyó de este grupo. Esa guerra no fue la mía.

Mi guerra iba por otros causes y junto con Aníbal y Ernán escribíamos poemas. Siempre recuerdo el placer que sentía al escribir versos perfectos, aunque fueran malos. Cuando se es adolescente se cree y eso nos bastaba: eran falsos poemas perfectos. No teníamos empacho alguno en frecuentar colegios y veladas literarias leyendo nuestros poemas y enamorando a las niñas de faldita corta y mirada extasiada.

En aquella época, Adolfo aprendió a rasgar la guitarra y nos deleitaba las tardes y noches con su interminable “Chica de Ipanema” y sobre todo “Michelle” que intentaba cantar en spanglish para asombro nuestro. Con el tiempo, reconozco que como guitarrero su arte dejaba mucho que desear, pero en aquel entonces era nuestro ídolo, máxime cuando, en un alarde de irresponsabilidad, decidió ponerles música a nuestros poemas. Desde entonces nuestra admiración desborda la racionalidad y para nosotros siempre será el mejor guitarrista muy por encima del resto de amigos que son músicos de profesión, como su mujer MT, Albertico y Agni.

No teníamos miedo a nada, ni siquiera al ridículo y fuimos capaces de organizar, en el garaje de

la vivienda de Aníbal y con el permiso de su madre, la magnífica Mama Lucha, un Festival de Arte de Retaguardia al mismo tiempo que se celebraba el Festival oficial en la ciudad de Cali. Invitamos a los vecinos que medio divertidos y medio sorprendidos, nos escucharon desbarrar sobre lo divino y lo humano, mientras admiraban las pinturas que habíamos perpetrado para la ocasión. Recuerdo que Sebastián, el hermano mayor de Aníbal, intentaba por todos los medios recuperar nuestras energías y dedicarlas a la revolución. Nos citaba en lugares singulares a donde debíamos llegar sin despertar sospechas y nos adoctrinaba con textos guevaristas. Era muy estricto con las horas de las citas y el día que inauguramos nuestro atípico Festival, le fallamos en una reunión que olvidamos por el entusiasmo de nuestra actividad. Sin embargo, nos perdonó cuando vio el esfuerzo que habíamos realizado para elaborar nuestra hilarante acción. Tengo un recuerdo muy especial de Mama Lucha y supe que me apreciaba porque cada vez que regresaba a Cali, me recibía con una succulenta cazuela de mariscos preparado con su receta especial de Barbacoas. Después Aníbal la copió y la reproduce muy especialmente para sus amigos. ¡Que delicia!

Hoy en día, Aníbal es reconocido como uno de los grandes poetas de Colombia y Ernán publicó cuatro libros de maravillosos versos. Yo en cambio, sigo llorando por mis versos malos de mi adolescencia y a cambio redacto cualquier cosa con tal de mantener esta maldita tarea de escribir, como si fuera un castigo y una penitencia que debo cumplir, aunque no lo quiera. En ello está mi salvación.

§§§§§

Alberto Guzmán y Carlos Jiménez me torear la lengua con que chicaneo con mis lecturas de adolescente. Ahí va otra historia. Cuando leía todo lo que caía en mis manos, lo leía con pasión y deleite y las lecturas pasaban desde Vargas Vila hasta la Filosofía de Julián Marías. Ya he contado que desde los ocho años hasta los once que los terminé, me leí todos los tomos del “Tesoro de la Juventud” y de ellos viví hasta muy entrada la universidad. No me planteaba como un erudito, pero sabía, al menos, de que estaban hablando.

Mis conversaciones, sobre todo con las chicas adolescentes y mucho más mayores, me salían bastante fluidas y podía acompañarlas de narraciones amenas sacadas de la historia. A veces me tocaba explicar “palabros” que no entendían pero que yo manejaba con soltura. Siempre terminaban diciendo que yo era “como un libro abierto”. Esa característica innata de mi personalidad me despejó tres campos en mi temprana vida: perder la virginidad entre los trece-catorce años, aplacar con el verbo iras y peleas destinadas a romperme la cara, y facilitarme la labor en la radio cuando colaboraba a los quince años.

Mi constitución física siempre ha sido aparentar ser mayor de mi edad real. Por eso me contrataron en la “Librería Nacional” de la Plaza de Caicedo, la única que existía en aquella época, por mis conocimientos bibliográficos. Trabajaba con Felipe Ossa y Javier Belalcázar que era poeta y pintor, uno de los pocos cartelistas de cine que pintaban las fachadas de los teatros con los afiches de las películas. En esa Librería se realizaban conferencias y mesas redondas con muchos intelectuales reconocidos.

Recuerdo que una vez se presentó Jorge Zalamea, el autor del “Sueño de las Escalinatas”, poema que me sabía de memoria y lo recitaba cuando me dejaban hacerlo. Acababa de llegar de Grecia y su discurso mezclaba autores y situaciones turísticas. A mi lado se encontraba un cono-

cido del bachillerato que siempre pretendía hablar para darse a conocer. Por diversión, me dediqué a comentarle párrafos de los autores que citaba el Maestro o que tal otro mencionaba tal hecho relacionado con lo que estaba diciendo. Eso lo deslumbró y para mi sorpresa, sin encomendarse ni a Dios, ni al Diablo, levantó la mano y repitió como un loro todo lo que le estaba diciendo, recibiendo el parabién del orador. Al sentarse, decidí jugarle una pala pasada y le conté más cosas, pero esta vez me las inventé tergiversándolo todo. Pero estaba tan emocionado de lo que acababa de hacer que no insistió en que le volvieran a dar la palabra.

La facilidad de lectura que tenía desde muy temprana edad, también pude “monetizarla” escribiendo reseñas de lectura y comentarios más o menos serios tanto para los compañeros bachilleres, como para los que ya estaban en la universidad. Recuerdo dos trabajos “negros” que me quedaron muy bien: El Ser y la Nada de Sartre y otro que titulé: Del tiempo perdido con Marcel Proust.

De mi trabajo en la Librería Nacional conocí a casi toda la “Pléyada” de escritores existentes en aquel entonces y con algunos tengo ciertas anécdotas (por ejemplo, con Hernán Hoyos, el pornógrafo o Eutiquio Leal). Si me da el ánimo, las contaré.

§§§§§

He leído la crónica propuesta por José Marcelo Del Castillo sobre Hernán Hoyos, bastante completa, pero le falta la siguiente anécdota.

Intimé con Hernán Hoyos cuando trabajé de adolescente en la Librería Nacional. En ese entonces Hernán era un vendedor de artículos de oficina con pretensiones de escritor. Había publicado dos libritos de cuentos (sin pornografía) pagados de su bolsillo que no tenían demasiado éxito. Entonces cambio de rumbo y escribió el primer libro que lo volvió famoso: “Crónica de la vida sexual”. Se dedico a escribir, en los rollos de papel de calculadoras que vendía, los comentarios de todas las prostitutas de los burdeles que frecuentaba. En algunas de esas correrías lo acompañé. Entrevistó al actor del TEC, Iván Montoya que era homosexual declarado y a un Profesor de Arquitectura de Univalle, que también lo era y a su amigo, de apellido Caicedo. Además, la propia Librería Nacional era una fuente permanente de múltiples aventuras.

El autor se alimentaba de las historias que circulaban en la cafetería, como las historias de la “Petite Putá”, una agradable chica francesa que frecuentaba a “los intelectuales” que concurrían a la heladería. Otra era “Sibila”. Pero su fama fue dada gracias a un periodista paisa de nombre Aguirre (o Agudelo ya no me acuerdo) que tenía una columna en “El País” y era contrincante de Pardo Llada que escribía en “Occidente”.

Personalmente conocía al periodista paisa porque su oficina estaba justo al lado del estudio de grabación de la “Voz del País” en donde registraba, junto con Leonor Sánchez Roso (Ketty), el programa que se transmitía todas las tardes. Se lo presenté a Hoyos y le propuso, como buen comerciante, un trato muy especial. Le pagaba un precio semanal cada vez que el periodista paisa le dedicara un insulto o un desprestigio en su columna o en la radio. Necesitaba que hablara mal de él y de sus libros. Y así se hizo. Evidentemente, Pardo Llada fue su defensor.

La pantomima llegó al paroxismo cuando Hernán retó públicamente a un duelo a muerte al periodista “agresor” y durante mucho tiempo divirtieron a la audiencia con los preparativos del duelo que no tuvo lugar. De ahí en adelante, los libros del “pornógrafo” se vendieron como churros.

## La Lucidez del Juego

Recuerdo que cuando niños, las actividades lúdicas que inventábamos tenían normativas que cambiaban constantemente según el juego y en función del propietario del instrumento con que jugábamos. Si era fútbol, a pesar de que conocíamos más o menos las reglas, era el dueño del balón quien decidía finalmente si era gol.... O se llevaba la pelota. Los más fuertes de la pandilla decidían en qué momento, al grito de “¡Manigus!”, nos robaban las canicas o los trompos o las tapas o cualquier objeto elemento del juego.

Fue una etapa de enfrentamientos continuos, donde nos batíamos como lobeznos asimilando las reglas no escritas de la convivencia grupal. Al mismo tiempo, inventábamos un segundo mundo de fantasías frente a la naturaleza que nos rodeaba.

Según los antropólogos, el juego infantil con sus acciones racionales e irracionales, fueron el origen de las primeras civilizaciones. Las reglas no escritas se transformaron en la edad adulta, en normas más serias de comportamiento tribal y religiosas, perdiendo su función lúdica infantil. Se convirtieron en Cultura y en identificación colectiva del Grupo. Las fantasías infantiles evolucionaron a mitos en donde, medio en broma y medio en serio, nacieron los dioses y con ellos, el culto y las practicas sagradas.

También dicen que el juego infantil creo la comunicación. El lenguaje nació con la necesidad de nombrar, distinguir, discutir y transformar en sonidos, los pensamientos y las explicaciones para poder jugar. Todos recordamos la infinidad de palabras que imaginábamos para designar ciertos momentos del juego que luego se transmitían oralmente de generación en generación.

Desconozco a que juegan actualmente las nuevas generaciones y como intercambian sus lazos afectivos. Pero intuyo que estos juegos infantiles son bien distintos dependiendo de la clase social a la que pertenecen los jugadores, creando, en una misma geografía, culturas diferentes a través de las cuales perciben e interpretan la realidad de desigualdad permanente que les rodea. En esta circunstancia, ¿cómo el juego puede llegar a ser identificación colectiva de una sociedad concreta?

## Teatro Crítico Particular (Intento genealógico)

Cinco espacios geográficos conformaban la Península Ibérica en el Siglo XIII: Castilla-León, Aragón, Portugal, Navarra y el Reino musulmán de Granada. A los nueve años, Fernando IV heredó el trono de Castilla-León en contra de otras familias reales que lo reclamaban. Varias veces intentaron destronarlo, pero su madre, María de Molina y su mentor, enfrentaron a sus enemigos y lograron que Fernando ejerciera plenamente el poder desde muy joven. En esa lucha intervinieron muchos clanes familiares en contra y a favor. Sin embargo, se logró la unificación de todos ellos en las guerras contra los musulmanes. Había muchos tesoros y reconocimientos reales a ganar.

Los Clanes Familiares Carvajal y Benavides, mantuvieron diferentes pugnas por mercados, alianzas y favores de los grandes del reino. Ambos gozaban de la simpatía del Monarca. Cada vez que se ganaban tierras a los árabes, estas familias se desplazaban con sus ejércitos, como nuevos colonos y fundaban nuevas ciudades. Plasencia (Extremadura) se convirtió en la frontera entre los Reino cristianos y musulmanes y asentamiento de los nuevos colonos.

En 1312 Fernando IV intentaba tomar el Castillo de Alcaudete, cerca de Jaén, que se encontraba en manos árabes desde el siglo VIII. En Plasencia quedaba como “Válido” su hombre de confianza, Juan Alonso de Benavides quien fue asesinado saliendo del Palacio Real, en hechos muy confusos, nadie vio nada a pesar de la guardia real. La noticia de la muerte de su favorito le llegó al monarca en Martos, población cercana a Jaén.

Los rumores de la familia Benavidez acusaban, sin prueba, a los hermanos Pedro y Juan Alfonso Carvajal, caballeros de la Orden de Calatrava. Tiempo atrás, Pedro de Carvajal mató a un Benavidez en un duelo que, aunque estaba autorizado por el Rey, hizo aumentar el fastidio del Rey contra la familia Carvajal.

El Rey aceptó los rumores como hechos reales. y los mandó a prender y traer a su presencia. Pese a que los hermanos Carvajal juraron ante Dios y por su honor, que eran inocentes, el Rey encolerizado, los juzgó culpables y los condenó a muerte de la forma más cruel posible. Fueron encerrados en una jaula de hierro con puntas

afiladas en su interior y posteriormente arrojados desde la cumbre de la Peña de Martos en presencia del Rey, de su ejército y de los habitantes del poblado. Los gritos de horror se sintieron en el Valle alarmando a los aldeanos.

Ante de morir, los hermanos reclamaron su inocencia señalando a Dios como testigo y puesto que la justicia real los condenaba, emplazaban a Fernando IV, Rey de Castilla, a comparecer ante el Tribunal Divino en el plazo de treinta días, a dar cuenta a Dios por tan injustas muertes. A los 30 días exactos y en plena guerra, el Monarca se sintió enfermo. El 7 de septiembre de 1312, Fernando IV fallecía en Jaén con 26 años de edad, de forma misteriosa y sin que nadie le viera morir. Se había cumplido la convocatoria lanzada al Monarca. Debido a estas circunstancias, a Fernando IV se le conoce con el sobrenombre de “El Emplazado”.

Los cuerpos destrozados de los hermanos Carvajal fueron recogidos por los aldeanos afligidos y enterrados en la Real Iglesia de Santa Marta de la ciudad de Martos. Todavía hoy en día, a escasos metros de la cima, en la parte noroeste de la peña y de dificultosa accesibilidad, existe una cruz de hierro llamada “Cruz del Lloro” que los vecinos de Martos levantaron como símbolo de compasión.

Pese a que el honor del Clan Carvajal fue rehabilitado en términos jurídicos, no lograron apaciguar las maledicencias de la población. Una parte de la familia que vivía en Garganta de Olla, pueblo aldeaño de Plasencia, había comprometido el matrimonio de su hija, Isabel de Carvajal, con el sobrino del obispo de Plasencia. Pero en último momento, arguyendo que ese matrimonio perjudicaba la carrera de su sobrino, el obispo rompió el compromiso, causando la deshonra de la familia.

La frustración y el desengaño que sufrió Isabel fue muy fuerte y en un desafío total, abandono la casa familiar y se fue a vivir al monte donde murió maldiciendo a todos los hombres. La leyenda popular la recuerda como la Serrana de la Vera, una amazona que vive en una cueva, cazando animales para sobrevivir. Como venganza, seduce y enamora a todos los pastorcillos que merodean por la Sierra, los lleva a su cueva donde hace lumbre con huesos humanos y después de disfrutarlos sexualmente, los asesina. Esta leyenda es utilizada para asustar no solamente a los niños y pastores, sino también, a todos los hombres que se aventuran de forma solitaria en la montaña.

Al principio del siglo XV, existían varios subgrupos familiares del Clan Carvajal instalados en Extremadura, plenamente independientes. Era una familia muy extensa compuesta por una parentela de consanguíneos y afines, con patrimonios adquiridos en las conquistas del territorio musulmán y matrimonios concertados con familias que tenían tierras aldeañas. De modo que, al pasar de los años, más que un linaje, conformaban un gran clan de parientes cercanos y lejanos que se ayudaban o no, dependiendo de los intereses y los beneficios que se pudieran sacar.

En la ciudad de Cáceres existían dos grupos con intereses diferentes. Los Carvajal de “Arriba” pretendían subir la escala social de la nobleza y, por lo tanto, mantenían una estrategia rígida de alianzas por matrimonio y negocios, cuidando al máximo las apariencias. Mientras lo de “Abajo” se contentaban con mantener las hidalguías y los privilegios obtenidos en las contiendas contra los árabes. Comercian a diestra y siniestra con todo lo que representara beneficios

inmediatos. Creaban rutas de negocio de cereales y ganado. Y, sobre todo, trataban con las esclavas moriscas capturadas en las batallas.

En 1420, los de “Arriba” se encontraban negociando alianzas matrimoniales con una familia próxima a la corona, con dotes formidables que sacarían del apuro a la noble familia, obteniendo los Carvajal de Arriba mayor poder. Cuando en un matrimonio concertado, la categoría social de la mujer era superior, el marido y su familia elevaban su condición social, volviéndose hereditaria.

Sucedió entonces que Mateo de Carvajal, tratante de esclavos y curtidor, miembro de los de “Abajo”, vendió tres moriscas entre 15 y 20 años, habidas en buena guerra de la nación mora. Como eran infieles y enemigas de la fe católica, podían ser vendidas como esclavas. Según el contrato, se trataba de mujeres de constitución medianas, cuerpo rehechas y bien parecidas, color membrillo cocido. No eran ladronas, fugitivas, putas, hechiceras o que tuvieran gota coral en pies y manos u otra cualquier enfermedad que se le conozca.

Vende dos ejemplares al Notario Real, y la otra a un clérigo amigo de los Carvajal de Arriba, agregando que era virgen. La posesión de esclavos era muy extendida entre los clérigos, quienes solían tener al menos un esclavo a su servicio, tratándose muy habitualmente de mujeres. Seis meses después, la venta fue impugnada por el clérigo acusando a Mateo de haberle engañado pues la esclava mora no solamente no era virgen, habiéndolo comprobado físicamente, sino que estaba embarazada y eso ponía en riesgo la inversión realizada por la alta posibilidad de morir en el parto. Además, su configuración física parecía tener 25 años. Mateo alegaba que fue el clérigo quien la había preñado y que era imposible saber si tenía 20 o 25 años. La discusión se avivó entre los dos hombres y llegaron a las manos.

Golpear a un clérigo significaba un proceso que podía llegar a la excomunión y eso significaba la ruina y el descrédito para todo el apellido. Estando en la disputa, apareció el Notario Real con la novedad de que una de las moriscas vendidas había huido de su casa y estaban buscándola con los gastos adicionales que eso representaba. Puesto que en la venta se decía que no era fugitiva, Mateo de Carvajal debía devolver lo cobrado por ella.

La situación empezó adquirir un cariz desagradable y poco propicia a los intereses de los Carvajal de Arriba que decidieron intervenir directamente, asumiendo la recompra y liberando a todos de cualquier responsabilidad. Pero con esa decisión, cortaron toda relación con los Carvajal de Abajo y en adelante se configuraron como Apellidos y Clanes familiares completamente diferente a los de Abajo y así lo hicieron saber al resto de la población.

A través de los siglos, el Clan de los Carvajal de “Arriba” lograron subir la escala social de la nobleza castellana. Por entronques familiares, servicios especiales a las familias reales y a la corona, compra de realengos, llegaron a conseguir Baronías, Condados, Marquesado y Grandeza de España. Ocuparon puestos muy importantes en la administración real, desde los Reyes Católicos hasta Carlos III. Tuvieron a su cargo durante siglos (desde 1513 hasta 1769), la responsabilidad y administración del Correo Mayor de las Indias, puesto crucial para manejar las comunicaciones con la Colonia. Lorenzo Galíndez de Carvajal, hijo bastardo, aunque reconocido, de Diego González de Carvajal, arcediano de Coria y canónigo de Plasencia, se convirtió en un gran jurisconsulto, consejero de la Corona desde Isabel hasta Carlos I. Intervino a

favor de Hernán Cortez para gobernar la Nueva España.

De este Clan Familiar salieron muchos Canónigos, Obispos y Cardenales, personajes importantes unos y ridículos otros. Desde que la entusiasta madre del Emperador Constantino, empezó a comprar reliquias que aparentemente pertenecían a Jesucristo, el culto, veneración, negocio y el fraude se popularizó en la Edad Media y el tráfico de restos de santos fue muy intenso en búsqueda de ingenuos. Cuando abrieron la presunta tumba de Cristo en Jerusalén para arreglar su deterioro, encontraron un pedazo de madera que había sido donado por la madre de Constantino como si fuera *Lignum Crucis*.

De esa locura de reliquias sufrió uno de los Obispos Carvajal que estando en Roma y en los diferentes sitios que lo envió el Vaticano, compraba a precio de oro lo que ofrecían. Con estas reliquias atiborró a las iglesias de Extremadura de pañales del niño Jesús y de su cordón umbilical; una mesa de la última Cena que todavía se venera y, además, del mantel que lo cubría; una santa espina de la corona del Cristo, la cola del pollino que paseó a Jesús y lo más sorprendente: dos botellas sagradas donde se conservaba un suspiro de San José y un estornudo del Espíritu Santo. Cuando regresaba, en las tertulias familiares se quejaba de las reliquias que se le escapaban, como la pluma del Arcángel San Gabriel que perdió el día de la Anunciación.

Su fanatismo le llevó, de forma insensata, a robar del Vaticano, un madero de la Vera Cruz y trasladarlo al Palacio de los Carvajal en Cáceres donde la reliquia era venerada por toda la familia y sus invitados. El Papa, por tan grave pecado, le impuso como penitencia, la obligación de construir siete Ermitas en los alrededores de Cáceres y mantenerlas. El prelado no solo cumplió con lo mandado, sino que triplicó las fundaciones y, hoy día, no existe en Extremadura ningún lugar, por abandonado que sea, que no tenga una capilla “Carvajal”.

Otro Obispo, Bernardino de Carvajal, fue un gran amigo del Cardenal Rodrigo Borgia, elegido posteriormente como Papa Alejandro VI, que lo nombraría Cardenal. En las grandes triquiñuelas y componendas de Isabel, le consiguió la Bula Papal secreta del Papa Sixto IV que legalizaba su matrimonio con Fernando, permitiéndoles acceder legalmente a la corona de Castilla. Corona ganada de forma poco ortodoxa, primero, en contra de su hermano Enrique IV y después contra su prima Juana (casada con el Rey de Portugal), llamada la Beltraneja (porque decían que era hija del Consejero Beltrán y no de su hermano) a la que despojo de todos sus títulos.

Bernardino también intervino en las Bulas que el Papa Alejandro VI concedió a la Corona de Castilla, en la cabeza de Isabel, para que, de acuerdo al derecho divino, pudiera conquistar, evangelizar y explotar como propietarios en nombre de Dios, su verdadero dueño, las nuevas tierras descubiertas de las Indias Occidentales incluido sus habitantes.

Los Carvajal de “Abajo” siguieron con sus diversos negocios, la explotación agrícola y ganadera. Abrían nuevas rutas de mercados. Además, ayudaban como prestamistas y con soldados, a las familias reales castellanas y a la Corona de Castilla-León en sus guerras intestinas. Poco a poco, lograron hacerse con algunos títulos nobiliarios menores, como caballeros e hidalgos y algunos Mayorazgos. Muchos de sus miembros obtuvieron su hidalguía por haber tenido siete hijos seguidos, sin que se cruzara una hembra que interrumpiera la serie. Era privilegio otorgado por la corona necesitada de guerreros. Otros, porque descendían de hidalgos por cuatro costados (abuelos paternos y maternos).

Algunos tenían hidalguías menores, pues solamente era válido en la región en que vivían o, teniendo el título, no gozaban de casa solariega. Algunos otros habían pagado por tener derecho a cobrar 500 sueldos como satisfacción por las injurias que recibiesen. Algunos miembros eran bastantes ricos. El jefe del Clan y sus consejeros, mantenían la equitativa distribución de oficios, prebendas, honores y todo tipo de parcelas de poder entre las principales ramas de las familias. Llegaban incluso a castigar a los miembros que ocasionaran ruido, escandalo o que no se sometían a las normas establecidas, a destierro por seis meses, por un año o definitivamente. El interés general del Clan primaba sobre los intereses individuales de sus miembros.

En aquella época solo el hijo mayor tenía derecho a heredar las propiedades, sin que los hermanos menores y mucho menos las mujeres, tuvieran acceso a esa herencia. A los hermanos menores les quedaba la opción de trabajar para su hermano mayor o independizarse sirviendo en los ejércitos reales o abrazando la profesión de monje. Las mujeres servían como moneda de cambio para casarla, mediante dote, con otras familias para agrandar el patrimonio familiar. La mayoría de las solteras ingresaban como monjas o confinadas en los conventos.